

Homilía

La Iglesia celebra este domingo la Solemnidad del Bautismo del Señor y con este hecho se da inicio a la vida pública de Jesús, que poco a poco iremos meditando durante este tiempo ordinario que hoy también iniciamos.

Lo que hemos escuchado, sobre lo ocurrido en el río Jordán, y que nos narra el evangelista Marcos, pone de relieve que Jesús es ungido por el “Espíritu Santo que se posa sobre Él”, para dar inicio a la misión que tenía que llevar a cabo. No se trataba entonces de un bautismo de penitencia, como hasta ese momento Juan Bautista había proclamado, sino que en Jesús, tiene un nuevo sentido: ser bautizado para cumplir la misión encomendada.

Tal vez muchos de nosotros fuimos bautizados cuando éramos unos bebés todavía, sin embargo, la misión que cada uno de nosotros está presente desde ese momento. El mismo Jesús, en su camino humano, fue tomando conciencia de la misión que su Padre le había encomendado y, en su bautismo, la desarrolla públicamente. El Señor Jesús, durante toda su predicación pública manifestará esta realidad: ha venido a cumplir la voluntad del Padre y el Padre se complace en Él.

Nosotros de igual forma hemos sido bautizados y también estamos llamados a una misión. Poco a poco debemos tomar conciencia de ella. El bautismo que

recibimos no fue simplemente el cumplimiento de una tradición, sino que fue el inicio de lo que hoy debemos cumplir.

Ciertamente, el bautismo nos abre las puertas a los demás sacramentos. Sin bautismo no podemos recibir ni la comunión ni la confirmación ni el sacramento del matrimonio o del orden sacerdotal. Pero, aún mucho más allá, haber sido bautizados nos marca eternamente para una misión pública: anunciar la buena noticia del Evangelio.

Hermanos y hermanas, cuando nuestros padres y padrinos, pidieron el bautismo para nosotros, manifestaron y testimoniaron no sólo la fe que profesaban, sino también la alegría de ser cristianos y de pertenecer a la Iglesia.

Es la alegría que brota de la conciencia de haber recibido un gran don de Dios, precisamente la fe, un don que ninguno de nosotros ha podido merecer, pero que nos ha sido dado gratuitamente y al que hemos respondido con nuestro «sí».

Pudiésemos pensar y reflexionar aquí, como consecuencia, el papel que hasta ahora han desarrollado los padres y los padrinos de cada uno de nosotros, con respecto a la vivencia profunda de nuestra fe; sin embargo, eso no elimina ni cancela que cada uno de nosotros piense y tome conciencia del don y regalo que

ha recibido al ser bautizado, pero sobre todo de la misión que le ha sido encomendada.

En el evangelio que escuchamos hoy, el bautismo de Jesús es una epifanía, una manifestación de quién es Jesús realmente y para qué ha venido al mundo. Eso mismo debe ser el bautismo del cristiano: una manifestación de lo que Dios es y de lo que Dios hace en el hombre.

El bautismo que hemos recibido, imprime un carácter eterno: lo recibimos una vez, para toda la vida. No podemos ser bautizados dos veces. Por eso, el bautismo es también manifestación de la acción de Dios en nosotros y nuestras vidas.

Sí, Dios actúa en nosotros y el primer paso es el bautismo, porque nos da una acción purificadora que manifiesta su perdón; una acción transformadora y vivificante que nos revela una nueva vida en Él.

Que la solemnidad del Bautismo del Señor, más allá de una fiesta litúrgica, sea para nosotros, la toma de conciencia como cristianos, de la acción que Dios hace en nosotros, pero sobre todo que sea el momento de renovar nuestro compromiso cristiano en la misión a la que hemos sido llamados.

Dios les bendiga.